

Ayuda al estudio de Hebreos

Biblicom

biblicom.org

Índice

1 - Introducción	3
2 - Esquema de la Epístola	3
2.1 - Capítulos 1 al 7: La Preeminencia de Cristo	3
2.1.1 - Capítulo 1	3
2.1.2 - Capítulo 2	3
2.1.3 - Capítulo 3	4
2.1.4 - Capítulo 4	4
2.1.5 - Capítulo 5	4
2.1.6 - Capítulo 6	5
2.1.7 - Capítulo 7	5
2.2 - Capítulos 8 al 10:18: El servicio actual de Cristo	6
2.2.1 - Capítulo 8	6
2.2.2 - Capítulo 9	6
2.2.3 - Capítulo 10	6
2.3 - Capítulos 10:19 al 13: Cristo, motivo de nuestra vida	7
2.3.1 - Capítulo 10	7
2.3.2 - Capítulo 11	7
2.3.3 - Capítulo 12	7
2.3.4 - Capítulo 13	8
3 - Algunos versículos claves	8

1 - Introducción

Desde el principio de la Iglesia, muchos judíos se habían convertido al cristianismo (Hec. 2:41; 3:4; 6:7). La respuesta del enemigo no tardó en llegar, con el asesinato de Esteban seguido por una gran persecución que los dispersó por toda Palestina (Hec. 6:8 al 8:2). Con el tiempo, muchos se habían cansado y corrían el peligro de volver al judaísmo, como algunos ya lo habían hecho (Hebr. 6:4-8). Por lo tanto, el autor de esta epístola escribe a los creyentes de origen judío para mostrarles que todo el sistema judío, al que podrían querer volver, no era más que sombras de Cristo y de su obra, y por lo tanto se había vuelto obsoleto. Ahora que Cristo había venido y había cumplido todo, este sistema era dejado de lado de ahora en adelante. El autor de la epístola anima y estimula a estos creyentes, presentándoles el objeto de su fe: Cristo.

2 - Esquema de la Epístola

2.1 - Capítulos 1 al 7: La Preeminencia de Cristo

2.1.1 - Capítulo 1

Cristo es presentado desde el principio como el Hijo de Dios, el artífice de la creación y de la obra de la redención, glorificado a la derecha de Dios (v. 1-4). Siete testimonios de la Palabra de Dios son dados para atestiguar su preeminencia sobre los ángeles que los judíos veneraron erróneamente: él es el Hijo de Dios desde la eternidad, aquí saludado como nacido en el tiempo en la tierra (v. 5); los ángeles son sus siervos (v. 6-7); él reina sobre todos (v. 8-9); él es el Creador (v. 10-12); él está sentado a la diestra de Dios (v. 13). Los ángeles solo sirven en nuestro favor (v. 14).

2.1.2 - Capítulo 2

Tal grandeza da infinitamente más autoridad a sus palabras que a las de los ángeles, especialmente a las de la salvación que fueron confirmadas por los apóstoles y por el Espíritu Santo y que no deben ser despreciadas (v. 1-4). Además, no es a los ángeles, sino a Cristo a quien se le confiará el reino sobre toda la tierra, como el Hijo del hombre (v. 5-8). Esto todavía no se ha producido, pero ya está coronado de gloria y

honor, sus sufrimientos y su muerte habiendo completado sus perfecciones (v. 8-10). Como hombre, considera a sus redimidos como sus hermanos (v. 11-13). Para llevar a cabo su obra, tuvo que tomar nuestra condición humana para entrar en la muerte y vencer al diablo que tenía el poder (v. 14-16). Por eso Cristo, el Hijo del hombre, es el Sumo sacerdote que nos conviene, conoce perfectamente nuestra condición humana (v. 17-18).

2.1.3 - Capítulo 3

Un Sumo sacerdote tan fiel es incomparablemente más grande que un Moisés al que los judíos veneraban con razón. Moisés había sido fiel, pero la casa que administraba no era suya, mientras que Cristo está establecido sobre su propia casa constituida por aquellos que le pertenecen (v. 1-6). El autor advierte entonces a los cristianos judíos que no imiten a sus antepasados que se resistieron a Moisés y cuya incredulidad les impidió entrar en la tierra prometida (v. 7-19).

2.1.4 - Capítulo 4

Israel tenía una promesa de descanso en Canaán, pero no la alcanzó. De la misma manera, tenemos una promesa de descanso en el cielo, pero este descanso solo puede ser alcanzado a través de la fe (v. 1-3). No todos llegan a ella, por lo que la misma palabra de advertencia para no endurecer nuestros corazones se dirige todavía hoy (v. 4-7). Este descanso está siempre ante nosotros; debemos aplicarnos a entrar en él (v. 8-11). Es la Palabra de Dios la que discierne el estado de nuestros corazones a este respecto. Nos sondea hasta lo más profundo de nosotros mismos y nos pone a desnudo ante Dios (v. 12-13).

Terminada esta digresión sobre la promesa del descanso, el autor continúa lo que dijo al final del capítulo 2: Nuestro Sumo Sacerdote ha entrado en el descanso, aférrmonos pues a nuestro llamamiento celestial. Acudamos a él con confianza; él satisfará nuestras necesidades (v. 14-16).

2.1.5 - Capítulo 5

En Israel, el sumo sacerdote era un hombre del pueblo que se caracterizaba por las mismas debilidades que aquellos a quienes representaba (v. 1-3). Desde Aarón, fue

Dios quien llamaba a este oficio (v. 4). Solo Dios tenía el derecho de cambiar el orden del sacerdocio, por eso el autor cita dos pasajes de la Escritura que testifican que es Dios quien estableció a su Hijo, Sumo Sacerdote para la eternidad (v. 4-6). Lo fue en virtud de su perfecta obediencia que lo llevó a realizar la obra de la cruz a costa de infinitos sufrimientos (v. 7-9). Por lo tanto, este sacerdocio ya no es según el orden de Aarón (imperfecto y temporal), sino de Melquisedec, perfecto y eterno (v. 10). El autor interrumpe aquí el desarrollo de este tema, para sermonear a aquellos creyentes cuyo relajamiento espiritual no le permitió explicarles cosas espiritualmente más elevadas (v. 11-14).

2.1.6 - Capítulo 6

Les exhorta a no atenerse a las verdades básicas, sino a progresar (v. 1-3). Si se volvieron después de haber recibido tantas bendiciones, no habría ningún remedio; serían reprobados (v. 4-8). Aunque les advierte de esta manera, el autor no piensa que llegarían a ese punto, porque estaban dando fruto para Dios (v. 9-10), pero les insta a ser diligentes en apropiarse las promesas de Dios, como lo habían hecho los padres (v. 11-15). Para asegurarnos la certeza de estas promesas, Dios se preocupó de comprometerse por medio de un juramento (v. 16-18). Nuestra esperanza es tanto más segura por cuanto está anclada donde está Jesús, por la eternidad (v. 19-20).

2.1.7 - Capítulo 7

El autor retoma el tema interrumpido en el capítulo 5, para mostrar la superioridad del sacerdocio de Melquisedec sobre el de Aarón. El significado del nombre de Melquisedec (rey de la justicia y rey de la paz), así como la ausencia de genealogía, lo hacen asimilar al Hijo de Dios (v. 1-3). Era mayor que Abraham puesto que este le dio el diezmo, y por lo tanto mayor que todos los sacerdotes que descienden de Abraham, que vinieron de Leví (v. 4-10).

Siendo el sacerdocio levítico imperfecto, es reemplazado por el de Melquisedec, con un estado perpetuo y no más temporal (v. 11-17). Cuando el sacerdocio levítico termina, el pacto del Sinaí es abrogado (v. 18-19) y reemplazado por un mejor pacto, hecho con un juramento y del cual Jesús es el garante (v. 20-22). A diferencia de los sacerdotes que se sucedían, a causa de la muerte, Cristo permanece eternamente y puede completar lo que emprende (v. 23-25). Es este sacerdote perfecto el que necesitábamos (v. 26). A diferencia de los sacerdotes, tomados de entre los hombres

pecadores, que tenían que ofrecer sacrificios por ellos mismos, Él resolvió la cuestión del pecado de una vez por todas ofreciéndose a sí mismo, y así es establecido por la eternidad (v. 27-28).

2.2 - Capítulos 8 al 10:18: El servicio actual de Cristo

2.2.1 - Capítulo 8

Por lo tanto, es tal sumo sacerdote, Cristo, quien provee su servicio en el cielo (v. 1-2). Lo que él debe ofrecer ya no está dentro del marco del pacto del Sinaí (v. 3-5) sino de un pacto mejor (v. 6-7), según una profecía de Jeremías (v. 8-12) que deja de lado el primero (v. 13).

2.2.2 - Capítulo 9

El primer pacto se caracterizó por ordenanzas materiales, como la disposición del tabernáculo (v. 1-5) en el que los sacerdotes oficiaban (v. 6-7). Estas cosas materiales, que eran solo una figura de las cosas celestiales, no hacían perfectos a los que se acercaban (v. 8-10). El nuevo pacto se caracteriza por el hecho de que Cristo se ofreció a sí mismo a Dios; a diferencia de la sangre de los sacrificios de animales, que solo purificaba la carne, su sangre purificaba la conciencia de los que se acercaban (v. 11-14). Su muerte fue necesaria para que los beneficiarios del nuevo pacto heredaran la herencia eterna (v. 15-17), así como fue necesaria la muerte de una víctima para inaugurar el primer pacto, del cual la sangre sobre el pueblo y el tabernáculo dieron testimonio (v. 18-23). Así que Cristo está ahora en el cielo mismo, en la presencia de Dios, por nosotros, habiéndose ofrecido a sí mismo en perfección (v. 24-26). A través de su sacrificio, el pecado es abolido (v. 26), de modo que aquellos cuyos pecados son expiados no vendrán a juicio (Juan 5:24) como deberían (v. 27), sino que serán salvos en su venida (v. 28).

2.2.3 - Capítulo 10

Bajo el primer pacto, la renovación cada año del sacrificio del gran día de la expiación mostraba que el pecado no estaba abolido (v. 1-3). No podía ser abolido por estos sacrificios de animales, por eso Cristo vino a ofrecerse a sí mismo una vez por

todas (v. 4-10). No teniendo que renovar este sacrificio, está sentado a la diestra de Dios (v. 11-13), y los beneficiarios de este sacrificio son hechos perfectos de una vez por todas (v. 14-18).

2.3 - Capítulos 10:19 al 13: Cristo, motivo de nuestra vida

2.3.1 - Capítulo 10

Habiendo presentado la perfección del nuevo orden de cosas, el autor de la epístola exhorta y anima a los creyentes a adherirse a él.

Teniendo, pues, toda libertad delante de Dios, les exhorta a acercarse a él con fe (v. 19-22). Luego les exhorta a que guarden estas cosas y a que procuren, por amor, que nadie las abandone (v. 23-25). En efecto, para los que se retiran, ya no hay más sacrificio por el pecado, ya que este ha sido ofrecido una vez por todas, por lo que su juicio es ineludible (v. 26-31). También les recuerda que su confianza en Dios les había permitido soportar el oprobio hasta ese momento (v. 32-34), luego les exhorta a perseverar con paciencia y a tener cuidado de no retirarse (v. 35-39).

2.3.2 - Capítulo 11

Para recorrer este camino se necesita fe, la convicción de las cosas que el autor les ha presentado. Es por esta misma fe por la que caminaron sus antepasados, que estaban apegados a Dios, y a los que Dios dio testimonio (v. 1-3). Para animarlos, el autor cita toda una lista de creyentes que les precedieron en este camino de la fe y que conservaron esta fe hasta su muerte, aunque no obtuvieron lo que se les había prometido (v. 13-16; 39-40): Dios los bendijo especialmente (v. 4-40).

2.3.3 - Capítulo 12

Para coronar esta nube de testigos, el autor presenta a Cristo, el verdadero Testigo que soportó el oprobio de los hombres hasta la cruz y ahora es glorificado (v. 1-3). Aquellos a quienes el autor se dirige no tendrían que experimentar tal oprobio, por lo que debían soportar las pruebas por las que pasaban como viniendo de Dios para su propio bien (v. 4-13). Tenían que permanecer en paz y procurar que nadie caiga o se retire como Esaú, por consideraciones materiales aquí en la tierra (v. 14-17).

A diferencia de sus padres que habían tenido que tratar con el terrible Dios del Sinaí, ellos pertenecían a la asamblea de creyentes teniendo a Jesús como mediador del nuevo pacto (v. 18-24). Pero Dios sigue siendo terrible en su santidad, por lo que apartarse del camino de la fe lleva a encontrarlo bajo este carácter (v. 25-29).

2.3.4 - Capítulo 13

El autor da varias exhortaciones prácticas para una conducta adecuada a este camino de fe y les exhorta a imitar la fe de los que les han precedido (v. 1-7). Este camino los lleva fuera del campamento de Israel –el judaísmo–, hacia Cristo que, como los sacrificios por el pecado, fue «quemado» fuera del campamento (v. 8-14). Aquí es donde se puede ofrecer la verdadera adoración a Dios (v. 15-16). Después de una última exhortación (v. 17), el autor de la epístola confía en sus oraciones (v. 18-19) y los confía a la gracia de Dios (v. 20-21) antes de saludarlos (v. 22-25).

3 - Algunos versículos claves

«El cual [el Hijo], siendo el resplandor de su gloria y la fiel imagen de su Ser» (1:3).

«Vemos al que por poco tiempo fue hecho inferior a los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y honra por causa del sufrimiento de la muerte» (2:9).

«Para que, por medio de la muerte, redujera a impotencia a aquel que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (2:14).

«La palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que toda espada de dos filos» (4:12).

«Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia» (4:16).

«Cristo quien mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios» (9:14).

«Con una sola ofrenda perfeccionó para siempre a los santificados» (10:14).

«Teniendo, pues, hermanos, plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús... acerquémonos» (10:19, 22).

«La fe es la certidumbre de las cosas esperadas, la convicción de las realidades que

aún no se ven» (11:1).

«Fijos los ojos en Jesús, autor y consumidor de nuestra fe» (12:2).

«Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (13:8).

«Salgamos a él, fuera del campamento, llevando su oprobio» (13:13).